

LIBROS

Sobre un libro redivivo

Nadie sabe lo que hay en el fondo de un libro hasta que el tiempo, sus aguas tumultuosas, no pasa sobre él y se lleva todo lo que no son las piedras lisas de su lecho, lo que pesa, lo que resiste. Si es un libro de profecías, no digamos: a las profecías y a los profetas se los suele llevar la trampa. ¿Cómo se explica, entonces, que quienes no serían capaces de leer hoy *El genio de España* se hayan apresurado a leer este Manuel Azaña, al que se pretendió precisamente hacer pasar a la Historia como su mal genio, como su genio funesto? No desde luego, porque se hayan cumplido las profecías en él contenidas, sino por todo lo contrario; no por lo que en sus páginas había de un futuro que tendría que haber sido nuestro presente, sino por aquel presente que Giménez Caballero trataba de exorcizar y que hoy constituye un pasado con el que nos devanamos los sesos en el penoso intento de averiguar el porqué de su incumplimiento.

Lo que la Editorial Turner ha tenido el acierto de ofrecernos no es un libro, ni mucho menos un autor, sino —una vez más— un tema, uno de esos temas que se ha tratado, desde hace muchos años y por todos los medios, de sepultar, pero que se ha resistido siempre tenazmente, de vivo que estaba: el tema de la vida y el significado del hombre que se llamó Manuel Azaña. Puede ser que alguien quiera hacernos creer que no es más que un fantasma, pero en ese caso habrá que reconocer que es un fantasma que no encontrará reposo



Manuel Azaña en el mitin del Campo de Comillas (1935).

mientras no le hagamos justicia, toda la justicia que exige el español más escarnecido, más vilipendiado, más insidiosamente ignorado de toda la Historia contemporánea. Eso al menos es lo que piensan los muchos españoles que en estos últimos años se afanan en leer su obra íntegra y en hacerse cargo de la trascendencia de su figura histórica, por tan largo tiempo secuestrada.

¿Qué hay en este libro de E. Giménez Caballero? Ante todo, una gran dosis de arbitrariedad, una serie de gestos funambulescos y a veces un tanto ramonianos: auténticas greguerías que dan una en el clavo y ciento en la herradura. Pero también —y fuera grave injusticia su soslayo— una notable perspicacia, sobre todo en las páginas, con mucho las mejores, dedicadas a la biografía de Azaña antes de 1931. Ejemplo, sus evocaciones de Alcalá y del Ateneo (y no tanto la de El Escorial). Es también penetrante y memorable la serie de retratos de amigos y enemigos de Azaña, aunque proclives todos o casi todos ellos a la caricatura. Y nada desdeñable la presentación de la actividad y propósitos políticos de Azaña como jefe de gobierno y «padre de la República».

Si se tiene en cuenta el tiempo en que este libro se escribió, 1931-

1932, no podemos por menos de sorprendernos —como observa J. Bécarrud en el artículo que sirve de apéndice a esta edición— ante la mesura con que G. C. enjuicia los que ha sido siempre usual considerar como puntos negros de la política de Azaña: el religioso y el militar. La serenidad de que en medio de la refriega hace gala G. C., nos lleva a desesparanzadas reflexiones sobre lo que pudo ser, y no fue, si una opinión común hubiese visto en aquella política lo que había y no otra cosa: la decisión de salir al paso de inveteradas injerencias clericales y militaristas en el Estado, y no el siniestro propósito de acabar con la Iglesia y con el Ejército. (¿O había interés en que la opinión común viera las cosas como no eran, en lugar de verlas como eran en realidad?)

En cambio, G. C. se despeña estruendosamente cuando levanta sus tabladros temerarios sobre el «fondo católico» de Azaña o su talante autoritario y cuasifascista. En cuanto a lo primero, nuestro autor no repara en que, precisamente a causa de un auténtico fondo religioso, Azaña combata seriamente aquel catolicismo español, tal como por aquellos mismos años venían combatiéndolo Unamuno o Antonio Machado, por ejemplo, por

irreligioso y político, y que, en definitiva, no era tampoco demasiado español si se le compara con el de Maurras, ya desenmascarado por el propio Azaña bastantes años antes. Por lo que a lo segundo se refiere, nada nos parece más alejado del radical liberalismo de Azaña que cualquier secreta concomitancia con ningún tipo de fascismo autoritario. La energía de Azaña, su pulso para el mando, se basó siempre —cualesquiera que fueran sus inconsecuencias y sus errores— en la decisión de gobernar con razones, y con razones apoyadas en una legalidad republicana. Si esto es fascismo, venga Dios y lo vea.

Con todo, y a pesar de cabriolas y surrealismos, tan propios de aquel destellante G. C., «inspector de alcantarillas», las páginas mejores de este ensayo dejan hoy mismo en el lector la sensación de un intento serio de entendimiento que las eleva hasta el nivel en que se encontraba la figura de Azaña, certeramente vista, a pesar de la inmediatez de los acontecimientos y de que una buena parte de su trayectoria vital y de su obra escrita eran todavía inexistentes. Hoy, claro está, resulta haccedero algo entonces imposible: preguntarse por el Manuel Azaña total y corregir las parcialidades de las imáge-

nes dibujadas por G. C. con lo que nosotros sabemos y él entonces, inevitablemente, ignoraba.

Algo hay, sin embargo, que sorprende inexplicablemente al lector actual, y es que G. Caballero se fuera enemistando progresivamente con su personaje, hasta desembocar en los melodramatismos del final a propósito de una supuesta salvación de Azaña por el amor de una mujer —cosa que en la realidad presentó aspectos mucho más cotidianos y aun pequeño-burgueses—, o en la evocación del pretendido resentimiento del autor de *La corona*: tema éste que no fue otra cosa, en el mejor de los casos, que el resultado de la peligrosa tentación de hacer literatura con la literatura, ya que no otra cosa que literatura es el resentimiento en la obra literaria de Azaña. (En el caso peor, fue una invención de quienes no podían imaginar que Azaña no fuese un resentido.) Pero más grave se nos hace comprobar que de 1932 a 1974 —fecha del prólogo de esta edición—, G. C. parece haberse olvidado de cuanto había entendido en Azaña y, por un extrañadísimo caso de amnesia, ser sólo capaz de recordar algo que en rigor no hay en su libro: la imagen «siempre deforme y diabólica de Azaña».

Son los misterios de la Historia y del paso del tiempo. G. Caballero se arrepiente de lo que nos hace a nosotros asentir, nos negamos a pasar por lo que él de buena gana quisiera llevarnos a sostener, y su libro nos corrobora en convicciones que su autor niega. Sus «profecías españolas» no se han cumplido con respecto a Manuel Azaña. Pero, precisamente por ello, hoy, en 1975, tenemos en las manos un libro distinto del escrito en 1932, que nos ayuda, es muy probable que en contra de la expectativa del sosegado ex embajador en que G. C. ha venido a convertirse, a sumergirnos en una corriente histórica que pretendemos denodadamente navegar. Por supuesto, a sabien-

das de que nadie se baña dos veces en el mismo río. ■ FRANCISCO PEREZ.

«Un soldado de la República»

No han faltado voces de la España más «oficiosa» que oficial, quejándose de que en nuestras librerías aparezcan publicaciones que glosan distintas facetas de la República y de la guerra civil, vistas desde la perspectiva del vencido. La última palabra histórica, esa palabra definitiva que sanciona los grandes acontecimientos de la vida de la Humanidad, se escribe muchos años después, a manera de punto final de una pirámide de palabras, y esa pirámide de palabras, de memoria, de deseo, tienen tanto derecho a construirlos los que ganan como los que pierden. Hay que arrinconar en el desván de las



Eduardo Pons Prades.

frases inútiles aquellas que dicen: «La Historia la escriben los vencedores». Hay una larga y ancha memoria en el vencido que ni siquiera muere con él, y se reencarna en generaciones posteriores por el simple vínculo de la simpatía ideológica o de la más estricta curiosidad científica. En cualquier caso, son indispensables los testimonios de los directos protagonistas, hayan perdido o hayan ganado, hayan sido protagonistas notorios de los hechos, hayan sido indispensables «peato» de la Historia».

Eduardo Pons Prades